

bria de atraer devotos de la Europa entera. Por el año 813 fueron descubiertas las reliquias del Apóstol Santiago, cuyo sepulcro se encontró, oculto entre bosques y maleza, en tierra de la diócesis de Iria Flavia ó el Padron. Desde ese tiempo comenzaron en España devotas romerías al templo en que se veneraban los restos del grande Apóstol, reconocido como Patrono nacional: siendo de los primeros peregrinos el rey D. Alfonso el Casto con su familia y corte, seguidos por la grandeza del reino, y luego por la mayoría del pueblo. Por el año 874 ú 876, bajo el reinado de Alfonso III, tuvo lugar, con gran solemnidad la dedicacion del suntuoso templo que en honor de Santiago se habia comenzado muchos años ántes, y que concluyó este monarca. El mismo convocó para el acto á los Obispos, nobles y pueblo de sus dominios. Se dice que la consagracion fué hecha por comision del Papa Juan VIII. Esta solemnidad atrajo la romería más numerosa y nacional que hasta entónces se hubiera visto en la pátria de D. Pelayo; y puso el sello de la perpetuidad á una devocion que ha subsistido hasta la hora de ahora; y que durará tanto tiempo, cuanto los españoles conserven el recuerdo de sus glorias antiguas.

En este siglo continuaron los ingleses sus tradicionales y devotos viajes á Roma, figurando, entre los peregrinos, nobles y aun reyes. Etelulfo, rey de Ouesex, bajo el Pontificado de Benedicto III (855-858) dejó en la Capital del Catolicismo, recuerdos muy gratos, por los ricos presentes que hizo á San Pedro, y las régias liberalidades con que favoreció al clero y al pueblo romanos.

SIGLO X. Desde el principio de este siglo la devocion al sepulcro de Santiago en Compostela, no fué ya solamente española, sino europea. El Papa Juan X (914-928) expidió un legado á Compostela para que en su nombre venerase el sepulcro del Santo Apóstol; y fácil es comprender cuánto influiría sobre toda la cristiandad europea, ese público testimonio de la devocion del Sumo Pontífice al célebre Santuario de Galicia.

Pero no por tener en él un campo más accesible á la general devocion, y que además tuviera el prestigio de la novedad, se echó al olvido el laborioso camino al sepulcro de Jesucristo. Dominaba en este siglo en la Europa entera, y aun en el Oriente, la creencia de que el año mil, seria la conclusion de los tiempos, y que se acercaba el dia terrible de las grandes evidencias en el Valle de Josafat. Este grave pensamiento

mantenia en los espíritus cristianos esa inquietud, esa zozobra, que se explica muy bien en todo aquel que cree en *un algo* más allá de la tumba, y que incitan, compelen á todo acto expiatorio que pueda obtener la misericordia y el perdon. Esa creencia de que se aproximaba el fin de las cosas, fundada en alguna aventurada interpretacion de los Libros Santos, era coadyuvada por algunos acontecimientos raros, fenomenales, que si en tiempos ordinarios habrian pasado desapercibidos, en época de exaltacion de las imaginaciones se les daba significaciones imaginarias, é importancia de signos apocalípticos, tristes nuncios de la consumacion del siglo.

En tal estado moral de las sociedades, el camino de la penitencia era el más claramente indicado para llegar á una solucion conciliatoria del oscuro problema que en su corazon lleva todo hombre á quien escuece y atormenta el *¡ay de nosotros porque hemos pecado!*; hondo suspiro de toda conciencia manchada. La peregrinacion á la Tierra Santa era muy laboriosa y expuesta á grandes peligros. Pero esto mismo le daba más atractivos; porque la pasion religiosa, así como las demás humanas pasiones, se exalta con los obstáculos. La pasion religiosa, *especie de hambre divina*, como la llamó un orador ilustre, pide, insta, urge en busca del único alimento que pueda saciarla, y ese alimento no es otro que la fé, militando con esperanza, en busca del sacrificio, consumacion de la caridad.

Por lo mismo, en ese tiempo, sábios como el ilustre Gerberto, despues Silvestre II, viajaban á la ciudad de los profetas; y á Santiago de Compostela acudian muchos Obispos como Gotescalco de Annecey; y á S. Miguel del Monte Gargano iban en penitente romería y á pié descalzo, potentados como Oton III; que tambien peregrinó á Gnesne en la Polonia, en busca del sepulcro fecundo en milagros, del mártir Adalberto; y á la tumba de secular celebridad de S. Martin de Tours, acudia suplicante la Francia, y la Inglaterra, y la Alemania, y la Italia.

SIGLO XI. A principios de este siglo dominaba sobre la Palestina. Haken, Califa del Cairo, furibundo fanático y enemigo implacable del nombre cristiano; á quien por su tiranía insensata, llama un historiador *El Calígula de los orientales*. Este, en los años de 1,009 á 1,010 hizo destruir el templo del Santo Sepulcro; cuyo hecho sólo basta para dar á conocer cuán praxaria debió ser en tales dias la situacion de los cris-

tianos en Tierra Santa; y cuántos los peligros que amenazaban á los peregrinos que se aventuraran á visitar los escombros de la Basílica arruinada.

Mas en 1,021, el crimen de un asesino libertó al Oriente de la tiranía de Haken, y pudo comenzar á reedificarse el templo destruido que volvió á ostentar su magnificencia en 1,048. Pero ni la profanacion de la casa del Señor, ni las miserias de la Palestina pudieron tener á raya el celo de los devotos y penitentes, á quienes no de retraente, sino de atractivo servian insuperables dificultades. "Imposible parecia, dice un escritor de ese mismo tiempo, que el Santo Sepulcro del Salvador atrajese una afluencia tan prodigiosa. Empezó la clase ínfima del pueblo; luego siguió la clase media; luego los reyes más poderosos, los condes, los marqueses, los preladados; en fin, cosa que nunca se habia visto, mujeres nobles ó pobres emprendieron aquellas peregrinaciones." (Glaber, monje de Cluni, que existía en 1,045.)

En este siglo se cuentan peregrinos notables viajando á Palestina. Uno de ellos fué Fulco de Anjou, llamado *El Negro*; que en penitencia del asesinato de su mujer y de otros varios, tuvo que hacer tres veces el viaje á la Tierra Santa en hábito de penitente. Roberto de Normandía, padre de Guillermo el Conquistador, hizo el mismo viaje, en penitencia del crimen de envenenamiento que habia perpetrado en su hermano Ricardo. Odalrico, Obispo de Orleans, Bononio, Abad de un monasterio de Luca, Raymundo de Plasencia é innumerables personas espetables, bien por devocion, bien por expiacion, arrojaron todos los inconvenientes de tan largo y penoso viaje. Y no eran las más notables esas excursiones de particulares, por más que ellos fueran ilustres: comenzaron á llamar la atencion peregrinaciones en grandes masas, que prenunciaban las excursiones de pueblos, de naciones enteras.

En 1,043, Ricardo, Abad de San Víctor en Marsella, á la cabeza de setecientos peregrinos se puso en camino de la Palestina, expensada la expedicion por Ricardo II, duque de Normandía. En 1,054, Lietbertó, Obispo de Cambrai, á la cabeza de tres mil personas emprendió el mismo viaje, cuyo término no pudieron ver, porque al llegar á Laodicea tuvieron noticia de que el Califa del Cairo habia prohibido á los cristianos el acceso al Santo Sepulcro. El año 1,065, una caravana, procedente de Alemania, compuesta de siete mil personas de todas clases, edades y sexos, bajo la direccion de Sigefredo, Ar-

zobispo de Maguncia, Gonthier, Obispo de Bamberg, Othon, Obispo de Ratisbona y Guillermo, Obispo de Utrech, visitó los santos Lugares de Jerusalem, despues de haberse salvado por el oportuno auxilio del gobernador turco de Ramla, de los porfiados ataques de doce mil beduinos que les tuvieron sitiados en una aldea donde se habian fortificado. Concluidas sus práctica devotas, regresaron á su pátria, habiendo perdido en la expedicion como tres mil compañeros.

Vino luego, al fin de este mismo siglo, la peregrinacion de Pedro el Ermitaño, oscuro sacerdote de la diócesis de Amiens, en Francia. Hombre humilde, pero de corazon elevado, y capaz de sentimientos tan altos y generosos, como sólo puede excitarlos el sentimiento religioso sostenido por las virtudes cristianas. Este peregrino se puso en contacto con Simeon, patriarca de Jerusalem, que vivia consumido de pesares en vista de las desgracias de Sion. Las lágrimas del oprimido se mezclaron con las del penitente; y éste, sin otros títulos que su fé, se comprometió á hacer escuchar en el Occidente las lamentaciones de Salem cautiva. Y regresó . . . y á los piés del Padre de la Cristiandad, Urbano II, el Ermitaño de Amiens exhaló entre sollozos los acentos de Jeremías: "Acuérdate ¡oh Señor! de lo que nos ha sucedido: mira y considera nuestra ignominia.—Nuestra heredad ha pasado á manos extrañas, en poder de extraños se hallan nuestras casas . . . Porque desolado está el Monte Sion: las raposas se pascan por él. . . (*Thren. V. passim.*) Y el Padre de la Cristiandad convocó á sus fieles á Plasencia y despues á Clermont: y las épicas relaciones de Pedro y las celosas exhortaciones de Urbano, arrancaron de las expectantes multitudes el inolvidable *¡Dios lo quiere!* que, en Noviembre de 1,095, conmovió á la Europa entera, y que resonó, como el trueno de la tempesta!, por todos los ámbitos del Islam.

Pero no obstante que la devocion cristiana tuviera por blanco principal, en este siglo, las alturas de Sion, otros muchos lugares venerables atraian el concurso de numerosos romeros, puramente devotos, ó penitentes. El año de 1,027, Canuto, rey de Inglaterra y de Dinamarca, en hábito de peregrino, y en cumplimiento de un voto, visitó en Roma el sepulcro de los Santos Apóstoles. El Papa Alejandro II, el 1.º de Octubre de 1,071, hizo la dedicacion solemne de la nueva iglesia de Monte Casino, magníficamente reedificada por su Abad Desiderio, á cuya fiesta concurren casi todos los Príncipes y

Prelados de Italia. Y habiendo el Papa concedido una indulgencia plenaria á todos los que asistieran á la dedicacion, ó que en la octava de ella concurrieran á la nueva iglesia, fué tan numerosa la afluencia de peregrinos que, no sólo el monasterio, sino la comarca entera estaba llena de gentes de todas clases y condiciones. El 9 de Mayo de 1,087 fueron recibidas en Bari, ciudad de la Pulla en el reino de Nápoles, las reliquias de San Nicolás, Arzobispo de Mira en Licia: reliquias célebres, desde mucho tiempo, en Oriente y aun en Occidente. "Luego de llegadas á Bari, hubo un concurso prodigioso de las ciudades y pueblos inmediatos, y despues, de toda Italia y de los demás países de Occidente." "En el primer día hubo más de treinta personas que sanaron de todo género de enfermedades, y muy en breve fué imposible contar estos milagros." "Los milagros que se hicieron en Bari, hicieron aquel lugar una de las más célebres peregrinaciones de la Cristiandad; y desde entónces se señaló el 9 de Mayo para la fiesta de esta traslacion."

SIGLO XII. Desde el *Dios lo quiere* de la Asamblea de Clermont (año 1,095), hasta la segunda expedicion de San Luis (1,270), corren ciento setenta y cinco años de una peregrinacion no interrumpida, presidida por el grandioso pensamiento de rescatar el Sepulcro Santo de El que muriendo destruyó la muerte, y resucitando del sepulcro reparó nuestra vida. Y en esa empresa, dos veces secular, no era una ciudad ni una nacion, era la Cristiandad en masa que peregrinaba: era el mundo culto que, bajo la enseña de la Cruz, llevaba la redencion cristiana á regiones donde la hubiera hecho inútil la salvaje tiranía del Islam. A la angustiosa demanda de socorro encomendada por las iglesias oprimidas de Oriente al celo de un peregrino, la familia toda del Pontífice Romano en Occidente, se levantó como un solo hombre, porque tenía fé; y porque no hay fuerza que más estreche los vínculos de union entre los humanos, como la del sentimiento de una fé comun.

La católica España, aun con tener ocupada toda su atencion con una campaña que llenaba ya las páginas de tres centurias, no dejaba de escuchar con religioso interés el nombre sagrado de Salem, ni de ambicionar las glorias y los quebrantos de sus hermanos en la fé; y nombres ilustres la fueron á representar en la trabajosa empresa contra la Media Luna. D. Ramon Berenguer, conde de Barcelona, á fin de

reparar su honor y expiar un crimen de fratricidio, marchó á la conquista de la Tierra Santa, donde murió combatiendo. A su ejemplo emprendieron tambien la Cruzada muchos nobles catalanes, y entre ellos Gerardo, conde del Rosellon, que fué uno de los primeros en saltar las murallas de la Ciudad Santa; y otros muchos, hasta contarse nombres de heroínas entre las listas de los valientes que llevaban la cruz en el corazon, y en la mano el acero.

Es verdad que no todos los que formaron en tantas expediciones, emprendidas en ciento setenta y cinco años, marchaban animados por el mismo espíritu religioso. A unos impulsaba la ambicion de guerrera gloria, á otros la esperanza de adquirir extensos dominios, y á no pocos el sólo atractivo de lo desconocido. Pero aun descontados todos esos profanadores de una causa santa en principio, quedaban centenares de millares que sólo llevaban en su corazon sentimientos de devocion y penitencia. Y aun cuando á todo hombre armado por una causa santa, por solo el hecho de esgrimir el acero y afrontar escenas de sangre, se negara el carácter de un verdadero peregrino religioso, aun serian innumerables los exentos de esa tacha. Porque bajo la proteccion de la espada de los valientes caminaban grandes masas de inermes clérigos, ancianos, mujeres y niños en quienes no cabia otro anhelo que llegar á Jerusalem y lucrar, adorando en el Santo Sepulcro, las grandes indulgencias concedidas á los verdaderos peregrinos cristianos.

Muchos escritores han condenado la grandiosa empresa de las Cruzadas: unos reprobando la misma idea en principio que las produjera; otros por los grandes males que, dicen, atrajeron sobre la Europa toda, y otros por los grandes abusos que siempre tuvieron lugar en esos desbordamientos del elemento armado, entre cuyas oleadas suele ahogarse toda virtud pacífica y cristiana. A todo esto se ha satisfecho mil veces y en términos incontestables, que no es de nuestro propósito repetir. Pero sí, en muy breves palabras diremos á los primeros que: para nosotros los católicos, miéntras por la historia nos conste que la empresa de las Cruzadas fué iniciada, bendecida y sostenida por el Supremo Pontificado, esto nos basta para estar ciertos de la bondad en principio de la idea que presidió á esas empresas guerreras. En cuanto á lo segundo: que demostrado está política, filosófica y económicamente que los provechos y ventajas que al Oriente y al Occidente resultaron

de las guerras bajo el estandarte de la Cruz, superaron en mucho á los males de que se les hace cargo. A lo tercero: esto es, á los abusos que hayan tenido lugar bajo el pretexto de una idea santa, basta decir que, de tales abusos, sólo debe hacerse cargo á la humana condicion; conforme á la cual, si para que una obra fuera buena fuese necesario excluir todo abuso posible, la obra más santa, aun su iniciacion, aun su sola enunciaci6n se haria imposible.

A principios de este siglo (1,118), D. Alfonso el Batallador conquistó á Zaragoza; y desde ent6nces comenzó, ó se restableció la peregrinacion á dicha ciudad en veneracion de la Virgen del Pilar; sobre la cual un escritor se expresa así: "Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza es una de las más antiguas y magnificas romerías de España." (Orsini.) En el siglo siguiente, el gobierno de la ciudad publicó un edicto prohibiendo molestar á los peregrinos que concurrieran con devoci6n á visitar el Santuario.

SIGLO XIII. En 1,271 abordó á las playas del Asia el último Príncipe que llevara en su corazon el anhelo y la esperanza de recobrar la Ciudad Santa y abatir su frente sobre el polvo del Sepulcro del Salvador. Ese príncipe fué Eduardo, hijo mayor de Enrique III de Inglaterra; quien con una pequeña hueste inglesa y quinientos Cruzados frisonos, llevó á cabo algunos hechos de armas poco importantes. Con Eduardo se encontraba Teobaldo Visconti, Legado de la Santa Sede en Siria, que en Tolemaida recibió la noticia de su eleccion para el Sumo Pontificado, despues de una vacante de tres años. Y aquí es oportuno consignar la observacion de un historiador. "Entre las circunstancias que concurrieron, dice Michaud, á malograr las Cruzadas de Luis IX y de Eduardo, no debemos echar en olvido el largo espacio que estuvo vacante la Silla Apostólica; pues durante aquel período no se oyó ninguna voz que reanimase á los Cruzados." Lo que prueba que el celo religioso de los Pontífices era el gran resorte que impulsaba aquellas empresas. Teobaldo se dirigió á Roma, y Eduardo abandonó las playas del Asia. El Pontífice electo se despidió de la Tierra Santa con aquellas sentidas palabras del Salmista: "Si me olvidare yo de tí ¡oh Jerusalem! entregada sea al olvido mi mano diestra. Pegada quede al paladar la lengua mia, si no me acordare de tí: si no propusiere á Jerusalem por el primer objeto de mi alegría." (CXXXVI. 5. 6.) Y, en verdad que si la Europa hubiera se-

cundado los esfuerzos de Teobaldo Visconti, ya Gregorio X. en lugar de suspirar con los cautivos de Babilonia, habria podido cantar con el lirismo inspirado del Profeta "Regocijaos, y á una cantad alabanzas, ¡oh desiertos de Jerusalem! pues ha consolado el Señor á su pueblo, ha rescatado á Jerusalem." (Isaías LII. 9.)

Al poner término en este siglo á lo que teniamos que decir sobre las Cruzadas, no está por demás que hagamos conocer el juicio que de ellas formó un escritor protestante, nada sospechoso de parcialidad en favor de las cosas del Catolicismo. "Las Cruzadas eran á la saz6n (el reinado de Enrique III de Inglaterra) el objeto principal de la ambicion de todos los guerreros, para quienes toda otra guerra era insignificante, y mezquinos los triunfos en comparacion de los que se lograron contra los enemigos de la religion y de Cristo. Este célebre campo de batalla, siempre inundado de sangre, era el teatro de todos los guerreros más valientes, de los cristianos más piadosos y poderosos, y de los príncipes más ambiciosos—Con tal objeto, *santo y caballeresco, condenado despues por las costumbres é ideas posteriores, á pesar de que se fundaba en motivos los más nobles*, fué con el que Eduardo se embarcó para la Tierra Santa etc. (Goldsmith, Hist. de Inglaterra capítulo XII).

Las romerías al sepulcro de Santiago habian continuado en aumento, viéndose figurar en ellas, personajes como Luis el J6ven de Francia, Alfonso VIII de Castilla, Guillermo, duque de Poitiers, Sofía, condesa de Holanda y otros muchos. Por los personajes de tal representacion se puede formar juicio de la incalculable afluencia de gentes de las otras clases sociales. Llegó ésta á tal grado, que ocurrieron casos en que, altercando los peregrinos por obtener la preferencia en hacer la guardia nocturna al altar del Santo Apóstol, acaecieron tumultos y pendencias dentro del templo mismo, de los cuales resultaron efusion de sangre y aun homicidios. Estas ocurrencias desgraciadas hicieron necesaria una disposici6n del Papa Inocencio III sobre la forma en que debiera hacerse la reconciliacion de la Iglesia violada.

SIGLO XIV. Cuando en los últimos años del siglo XIII los Cruzados perdieron con Tolemaida aun la esperanza del recobro de la Tierra Santa, aconteció un hecho prodigioso, que fué el origen de una peregrinacion, acaso la más célebre de la cristiandad, despues de la del Santo Sepulcro. "En 1,291, y

el mismo año que los infieles se apoderaron de S. Juan de Acre, el 9 de Mayo, la *Santa Casa* en que se encarnó el Verbo divino, fué trasladada por ángeles desde Nazareth á Dalmacia, entre Tersato y Fiume sobre el Adriático. Despues de tres años y siete meses, es decir, el 10 de Diciembre de 1,294, la propia *Santa Casa* fué trasladada cerca de Ancona, en un bosque perteneciente á una mujer llamada Loreto; y ocho meses despues á otro lugar cercano, el mismo en donde se encuentra hoy el templo. Este es el santuario más célebre del mundo cristiano..... (Novaes cit. por Artaud de Montor. Hist. de los Papas.) Con relacion á este santuario, Benedicto XIV se expresó así: "En cuanto á la profunda y constante veneracion del mundo, y á la continua realidad de los milagros, son cosas tan públicas y notorias, que no necesitan prueba." Las peregrinaciones á esta *Santa Casa* comenzaron aun antes de su última traslacion al lugar en que hoy se encuentra, y ya existiendo el templo actual han venido siendo tan numerosas que "en derredor de la Casa los peregrinos han hecho surcos sobre el mármol, andando de rodillas, de modo que hay que mudarlo de vez en cuando." Ese templo venerable ha sido visitado desde el siglo XIV hasta el dia de hoy por Papas, Obispos, Emperadores, Reyes, Príncipes y toda clase de fieles del pueblo cristiano.

SIGLO XV. Los veintitres últimos años del siglo XIV y los diez y siete primeros del XV, fueron testigos del triste cuadro formado por el cisma de Occidente, llamado en la historia *el gran cisma*; que consistió en la incertidumbre *de hecho* sobre la legitimidad del papado en determinado individuo de los que se arrojaban el título. Esta incertidumbre en cuanto á la personalidad representante de la supremacia de la Iglesia, la agitacion de las pasiones de los partidos que se chocaban y el descuido de las atenciones de detalle, inevitable cuando intereses generales y elevados preocupan los espíritus; trajo un estado de cosas en que no era natural que se sostuviera y desarrollara la piedad y el fervor devoto que en otras épocas solia. Y, sin embargo, aun en ese período tempestuoso y revuelto las peregrinaciones religiosas se practicaban con el fervor antiguo; como en prueba de que ellas son connaturales al espíritu del Cristianismo. Veamos los hechos.

En el Jubileo de *Año Santo*, celebrado en Roma, de Navidad de 1399 á la misma fecha de 1,400, fué innumerable la afluencia de peregrinos que ocurrió á la Ciudad eterna, y con-

tinuó hasta el fin del año, no obstante que los caminos se hallaban infestados de cuadrillas de facinerosos que frecuentemente hacian presa en las caravanas de romeros; y de que en Roma se desarrolló una peste mortífera que hizo estragos espantosos entre los peregrinos. Y fué tal el entusiasmo y fervor por ir á ganar las gracias del Jubileo, que no fué bastante para contenerlo en Francia, un edicto que fulminó el rey Carlos VI, imponiendo graves penas á los que hicieran el viaje á Roma. (Henrion. Hist. general de la Iglesia.)

En el mismo Jubileo de *Año Santo*, celebrado el año 1,450, fué tal el gentío de todas clases y de todos los países que acudió al sepulcro de los Santos Apóstoles, que no se acordaban los nacidos de haber visto jamás un concurso tan numeroso." (Henrion. *ibid.*)

Y no se limitaban esas romerías á las memorables datas jubilares: simultáneamente con ellas se practicaban por otras partes; es decir, á Palestina, Santiago de Compostela, Zaragoza, Loreto, Bari, Monserrate, la Porciuncula y otros innumerables lugares venerables para cada una de las naciones de la cristiandad. Esto, á más de ser concluyente á nuestro propósito, es un mentís, sin vuelta, á los protestantes que han dicho que en la época del *gran cisma* habian desaparecido toda piedad, toda ciencia y toda disciplina. La verdad de los hechos es que, en ese período desgraciado: 1.º los grandes é insistentes esfuerzos de los buenos fueron los que pusieron punto al cisma: 2.º en pocas épocas de la Iglesia se ha hecho tanta luz sobre materias de Derecho público-eclesiástico y de disciplina, como durante el cisma: 3.º si es cierto que en ese período se vieron muchos desórdenes, abusos y vicios en todos los partidos de los Papas dudosos; tambien lo es que, en todos figuraron hombres celosos de la honra de la Iglesia, hombres ejemplares por su ciencia y virtudes, y aun héroes de virtud venerados en los altares.

---

No tenemos necesidad de continuar mas acá del siglo XV; porque la historia de los últimos cuatro es muy conocida; y además, en comprobacion de la existencia del hecho del prin-

cipio de la Reforma á esta parte, tenemos el testimonio de los mismos protestantes; cuyos ataques á la práctica de las romerías devotas, supone su existencia, mal que les pese á los que las combaten. Porque á los protestantes les sucede lo que á los judíos: éstos no pueden negar el Cristianismo sin desgarrar sus mismos sagrados libros; y aquellos no pueden atacar las instituciones católicas, sin borrar la historia de la Iglesia de que locamente se desgarraron.

Pero antes de pasar á otro capítulo haremos observar un hecho que habla muy alto en favor de la práctica cuya perpetuidad hemos venido mostrando. Hace muchos siglos que varias comunidades cristianas se separaron de la Iglesia católica formando comuniones é iglesias cismáticas en seguimiento de los errores de Nestorio, de Eutiques, de Focio, fraccionándose luego en varias otras formas de los errores de sus patriarcas; como la iglesia griega que se dice *ortodoxa*, y la rusa, separada de la griega desde el reinado de Pedro I. Y sin embargo, en todas esas comuniones se encuentra vigente, como antes de su escision, la práctica de las romerías religiosas.

Los griegos del antiguo patriarcado de Constantinopla, acostumbran la peregrinacion al monasterio de Santa Catalina de Alejandría, mártir cuyas reliquias se conservan en el monte Siná. La Iglesia rusa envía tambien sus peregrinos al mismo lugar; y tiene además dentro de los límites del vasto imperio del Autócrata, otros lugares de devocion que frecuenta: tales son los monasterios de las islas de Konivetz y Valaam en el lago Ladoga; el monasterio de Troitza (la Trinidad) cerca de Moscou; el monasterio de Devitscheipol y otros muchos en todos los cuales se veneran reliquias ó imágenes de santos del martirologio moscovita. Cuando los portugueses fundaron por el año 1,510 sus establecimientos coloniales en la India, se encontraron con los *Cristianos de Santo Tomás*; llamados así, porque se decian evangelizados por este Santo Apóstol, pero que profesaban el nestorianismo, y estaban separados de la Iglesia Católica hacia como unos mil años. Y á pesar de eso, entre ellos se encontró que los que habitaban las montañas del Malabar, venian de más de doscientas leguas en devota peregrinacion, á visitar una iglesia que llamaban de Nuestra Señora, edificada en la cima del Monte Grande. (Henrion. Hist. general de las Misiones.)

Pero no necesitamos investigar sobre las devociones locales de cada una de esas comuniones cismáticas; basta encontrar-

las reunidas en un mismo sitio, al pié del mismo altar y con idéntico objeto, como efectivamente se les encuentra en Jerusalem, en el templo de la Resurreccion al pié del Santo Sepulcro, y practicando un acto de culto comun. Allí, al lado de la comunion latina ó romana, y de la griega, armenia y demás unidas a ella, se encuentran representadas la griega oriental que se arroga el título de *ortodoxa*; la griega ortodoxo-rusa; la griega ortodoxo-helénica; la armenia, la siria, la etiópica y la copta. Todas tienen allí su lugar de culto particular, y el del culto comun en el Santo Sepulcro: todas están en la Ciudad Santa representando á los fieles de sus ritos respectivos, y hospedando á los peregrinos de su comunion.

Sólo el protestantismo no va á humillar su frente adorando el sepulcro del Primogénito entre los muertos: sólo él no tiene que esperar peregrinos á quienes hospedar. Es verdad que de algunos años á esta parte existe en Jerusalem un Obispo protestante; pero su mision se limita á repartir Biblias adulteradas entre los peregrinos, los árabes y los cristianos residentes en el país: la mision de siempre, no evangelizar, no orar, no practicar buenas obras, sino corromper. El protestantismo en esto es muy consecuente con su principio: cuando ha avanzado hasta negar la divinidad de Jesucristo ¿qué le importa el Sepulcro del Señor Jesus?

Hemos hecho lo que nos era posible por desempeñar el enunciado que pusimos á la cabeza de esta seccion; esto es, presentar la práctica de las peregrinaciones religiosas como un hecho constante y universal en la historia del Cristianismo.

## CAPITULO IX.

### INFLUENCIA RELIGIOSA Y MORAL DE LAS PEREGRINACIONES CRISTIANAS.

Quando nos proponemos tratar de la materia enunciada, damos por supuesta esa santa práctica, llevada á cabo con espíritu verdaderamente cristiano. Cuál sea éste lo hemos dicho ya, y lo repetimos: no es el hecho material de la peregrinacion; no es la presencia en un lugar dado, por más santo que